

Viernes 29 de julio de 2011  
Versión para imprimir



Sociedad Lola Arias

## “¿No es político hablar de los serenos de seguridad de los edificios?”

29/07/11 Ahora con relatos, Arias trabaja entre autobiografía y ficción, como en su obra teatral sobre los 70.

Por EZEQUIEL ALEMÍAN

Lola Arias (1976) dice que está todo el tiempo escribiendo. Ya se conocían su poesía ( **Las impúdicas en el paraíso** ), sus discos con Ulises Conti ( **El amor es un francotirador** y **Los que no duermen** ) y sus obras de teatro: **Striptease**, **El amor es un francotirador** y **Mi vida después** . Dirigió en varias partes del mundo y organizó el Festival Ciudades Paralelas. Y acaba de publicar **Los posnucleares** , su primer libro de relatos.

Se trata de una serie de cuentos que se encadenan como escenas de un gran fresco de la sociedad contemporánea. Padres y amantes, lo que sucede en las casas y en las calles, el sexo, son los protagonistas de estos relatos de una cotidianeidad siempre amenazada por una extraña latencia.

Oscilando entre ficción, biografía y autobiografía, **Los posnucleares** se vincula con **Mi vida después** , la obra que Arias está dirigiendo y que está armada a partir de las indagaciones sobre el pasado de sus padres, durante los años 70, que hicieron varios amigos de la directora. La hija de un guerrillero del ERP y la de un agente de inteligencia, por ejemplo.

¿Qué es lo posnuclear? Es la idea de un territorio donde los personajes aparecen como sobrevivientes de una catástrofe: quedaron un poco a la deriva, no se sabe de dónde vienen ni qué les pasó pero ahí están, en barrios ajenos, en una ciudad con la que no se conectan, como si observaran un mundo que ya no existe. Viven una vida rutinaria, invisible. Cuál es esa catástrofe, no es una pregunta que se traduzca en una respuesta directa.

En los cuentos hay una mirada interesada en lo generacional... Aparecen personajes femeninos que se preguntan por el final de la juventud. ¿En qué se transforma una mujer a los 30 años? Es un momento en que ya no se es joven pero tampoco se es madre. Son cuestiones que aparecen en relación con la vida misma. ¿Por qué hice **Mi vida después** , sobre gente nacida alrededor del 76? La vida y el arte no están separados, sobre todo para mí, que trabajo sobre ese borde entre la ficción y lo real, con materiales de vidas de otros y de mi vida. Me gusta jugar con el borde del autor y del personaje, de lo biográfico y lo autobiográfico. Exhibir ese borde.

En “Los posnucleares”, la política no está tan presente.

¿Qué es lo político? No es un libro sobre la Argentina de los `70, pero: ¿no es político hablar de los serenos de seguridad de los edificios? Es una figura delirante; el guardián de los que duermen. Es un trabajo infame, una persona convertida en un objeto para nada, sin función alguna. Vengo de Irlanda, donde hay fuertes restricciones a la publicidad en espacios públicos, y en las avenidas ves a una cantidad impresionante de personas que sostienen un palo con una propaganda. Es casi una exposición de los otros: los excluidos, los inmigrantes, los que no tienen trabajo. Un museo de los pobres. Visibilizar esas posiciones genera preguntas políticas.

¿Hubo un trabajo conceptual sobre los relatos? Me interesaba trabajar los cuentos a partir de ese momento, de ese día en la vida de un sujeto, en que no pasa nada extraño, cuando se produce una grieta en la que se ve a sí mismo reflejado en otro; una incomodidad, y después la vida sigue. No son relatos donde el suceso sea importante. Lo que sucede es muy nimio, pero a la vez abre una zona siniestra en relaciones totalmente rutinarias y banales.

¿Qué es eso siniestro? En cada cuento es distinto. Pero sería como asomarse a un límite entre lo que se puede hacer y no se puede hacer, como el cuento del padre que duda si quedarse un instante más viendo cómo su hija adolescente tiene sexo con un amigo.

¿Lo posnuclear opera sobre lo siniestro? No creo que en este mundo haya más presencia de lo siniestro. Sí creo que hay una mirada que pone el ojo con más precisión ahí donde se produce eso, el instante en que está por cruzarse la barrera.

Lunes, 8 de agosto de 2011

 [Imprimir](#) | [Regresar a la nota](#)

## CULTURA & ESPECTACULOS

Entrevista a la escritora, dramaturga y directora teatral Lola Arias

# “La experiencia de la ciudad es vivir entre fantasmas”

**Acaba de publicar *Los posnucleares*, un puñado de relatos tan impactantes como sus obras de teatro. “Todas las vidas son potencialmente fascinantes para la ficción”, señala la autora de historias en las que conviven la crueldad descarnada y la ternura.**

Por Silvina Frieria

¿A qué edad termina la juventud?, se pregunta una mujer a punto de cumplir 30 años, mientras está nadando con sus brazos como “largos cuchillos que atraviesan el agua”. No es un latiguillo retórico. El interrogante queda flotando en la superficie de un cuento. Pero regresa, como esquilas de una ficción incrustadas un sábado al mediodía, en esta zona de Las Cañitas –Migueletes y Maure–, donde “el fascismo de las señoras con labios y tetas de plástico” –dice la implacable Lola Arias– repite una y otra vez la misma coreografía del odio en sus miradas envejecidas. Intima, portátil, impredecible, viva. Así es la escritora, dramaturga y directora teatral que acaba de publicar *Los posnucleares* (Emecé), un ramillete de relatos tan impactantes como sus obras de teatro. Si en *Mi vida después* los límites entre lo real y la ficción se borran –y los espectadores y los actores corren un riesgo–, el lector será abducido por una atmósfera similar: un borde incómodo en el que todo está a punto de suceder. Pero no sucede. Ella pone el dedo en la llaga del nudo sin pretender desatarlo jamás. “Nunca estuve tan nerviosa como con este libro”, admite Arias a *Página/12*. Resopla con la gracia de quien busca el envío definitivo para completar la última brazada. El flequillo se despeina. La ironía se afila en sus ojos chispeantes. “Sólo si escribís narrativa sos escritora; con el teatro y la poesía es como si no aprobaras el examen. ¡Ahora sí me recibí, me dieron el título de escritora porque publiqué mis cuentos! Es un poco absurdo, ¿no?”



“Me gusta ese borde entre lo ficcional y lo real, donde uno siente que está muy cerca.”

En el principio hubo una niña que escribió su primera obra de teatro a los 10 años. Solo había dos protagonistas: ella y un huevo. Ahora, a los 34 años, revuelve el café con leche y pulveriza el mito de la precocidad con el cuchillo de su lengua despiadada. Lejos de aplaudirla a rabiar y babearse con las maravillas de la pequeña, sus padres se quedaron dormidos en el estreno doméstico de esa pieza. A pesar del lapidario “fracaso” primigenio, no dejó de bosquejar obras con peces y otras frágiles criaturas mientras picoteaba de la música –cantó en una banda de blues y tomó clases de piano–, de las clases de danza contemporánea o de natación. Después estudiaría Letras y Dramaturgia y publicaría sus poemas, *Las impúdicas* en el paraíso; y también sus obras de teatro, traducidas al inglés, francés y alemán: *La escuálida familia*, *Poses para dormir* y la trilogía conformada por *Striptease*, *Sueño con revólver* y *El amor es un francotirador*. “Mi narrativa es una vida paralela que ahora sale a la luz. Los cuentos fueron escritos a lo largo de muchos años, pero en el último año y medio se asentaron y trabajé más porque empecé a pensar en publicar. Siempre escribí narrativa y sabía que en algún momento iba a pasar algo”, cuenta Arias.

**–En el primer relato de *Los posnucleares* aparece una pregunta: cuándo termina la juventud. ¿La propia percepción del mundo después de los treinta y pico se filtró en la ficción?**

–No era tan consciente de esa sensibilidad de las mujeres de treinta y pico. Yo tengo 34 años y hay algo de la propia experiencia que evidentemente está trabajando en esos relatos y que supongo tiene que ver con esa zona entre ser hija y madre, entre la juventud y la adultez. La pregunta sobre cuándo termina la juventud creo que es imposible de responder. De hecho, yo escribí un texto que nunca terminé, "El fin de la juventud." Pero a partir de los treinta y pico es el momento de la vida en que uno se convierte en lo que será.

**–En muchos cuentos se combina la crueldad descarnada y la ternura para mirar a determinados seres, como en los relatos "China", sobre una mujer que limpia, o "El sereno". ¿Por qué se desliza por esta cuerda que oscila entre lo cruel y lo más "compasivo"?**

–Entiendo la idea, pero no sé si la palabra es "compasivo". Quizás hay un borde en que lo cruel tiene un punto de emoción que quiebra esa mirada implacable que describe, que hace esos retratos de esas vidas, de esos fantasmas. El sereno del edificio es una figura fantasmática que está posando como una escultura humana en el hall del edificio, junto a la planta; como la mujer de la periferia que viene a la ciudad a limpiar la casa de esa chica que no se sabe qué hace. Hay algo muy cruel porque es cruel describir cómo alguien limpia; es cruel la mirada de alguien que mira cómo otra limpia su casa y hace lo que vos no hacés. En realidad no hay nada en sí mismo, en la adjetivación o en la forma del relato, que sea cruel. Pero cruel es la descripción de la acción de limpiar. Y sin embargo, hay un momento en que esas vidas se cruzan y se revela algo de la vida de esas mujeres que de repente las emparenta o las aproxima. Me interesaba indagar en lo cotidiano –no en lo extraordinario–, en el diario de las "profesiones invisibles": lo que hacen, lo que observan, lo que piensan. En el caso del sereno, es ese tiempo vacío, ese tiempo muerto de la noche; qué pasa cuando todos duermen y hay uno solo que está despierto, como la única conciencia, el único vigía o guardián de los que duermen.

**–¿Qué encuentra en esa idea de ser fantasmas para los otros?**

–La experiencia de la ciudad es vivir entre fantasmas, entre figuras desconocidas que están demasiado cerca y sobre las que uno no indaga. Me doy cuenta de que durante mucho tiempo escribía más desde el "escritorio", desde la "torre". Me parecía que podía saber solo observando. Pero en un momento me di cuenta de que se podía hablar, de que se podía ir hacia los otros. En ese sentido, estos textos tienen que ver con conversaciones reales con esas personas, con ese transgredir esa situación de fantasmas para saber qué les pasa. El otro día hablaba con un sereno de un edificio y me contaba que la seguridad es una mentira; que él estaba trabajando como sereno porque tuvo otros trabajos, hizo otras cosas –fue supervisor de limpieza–, pero se quedó fuera del sistema. "¿Qué seguridad doy a quién?", me decía, sentado frente a una pantalla que mira la entrada del edificio. ¿A quién le sirve lo que está haciendo? Creo que vivimos en una ciudad paranoica, donde cada uno está en la suya y donde el otro es siempre una amenaza.

En los relatos de Los posnucleares hay una indagación del tiempo a través de distintas "tomas": el tiempo de la natación ("La nadadora"), el tiempo de la noche ("El sereno" o "El hombre que duerme"), el tiempo de una vacación de un padre con sus dos hijas ("La casa de la playa"), el tiempo arrugado de dos amantes ("El tratamiento") y el tiempo de una Navidad para una chica que trabaja en una veterinaria ("Navidad"). Arias concentra de un modo impecable y obsesivo esos momentos, sin que importen demasiado el "antes" y el "después". Pero también explora la genealogía de una obsesión ("La llave") en el cuento donde una joven no puede evitar acumular llaves. "Hay algo melancólico en ese montón de llaves diseminadas en el cajón de la mesita de luz –dice la narradora–. Como si esas llaves me permitieran abrir las puertas de los lugares pero no como son ahora sino como eran antes. No son llaves de lugares sino llaves de pasados, como si fueran máquinas del tiempo."

**–¿Cómo explica esa persistencia por explorar lo documental o insinuar que lo narrado está muy próximo a la "vida misma"?**

–Me gusta ese borde entre lo ficcional y lo real, donde uno siente que está muy cerca. Pero a la vez no es una escritura realista que intenta copiar lo real, aunque sí atravesarlo con un lenguaje y una búsqueda de imágenes que no pretende dar cuenta de eso como si fuera una fotografía. Hay algo de ese borde que el lector percibe y que genera la sensación de que está basado en algo real. Esas personas el escritor las conoce, habló con ellos, esto sucedió. Esa ilusión a mí me gusta. No importa si sucedió o no; pero me interesa generar ese efecto.

**–¿Cuándo empezó a trabajar con este borde entre lo real y la ficción?**

–En mi proyecto de escritura siempre estuvo; de hecho, hay un montón de textos con un borde en lo biográfico, pero más aplicado sobre mí. Creo que ese borde se acentúa a partir de la obra que hice con un bebé, Striptease. El texto era ficcional, pero tenía toda una serie de didascalias de lo que hacía un bebé en escena, durante la última conversación telefónica de una pareja que no está más junta. La imagen, cuando escribía la obra, era como

si viera solo a un bebé en escena y escuchara las voces de los padres; el bebé como la materialización de ese amor que ya no existe, pero que está ahí vivo, dando vueltas. Cuando la puse en escena, tomé la decisión de hacerla con el bebé. ¡Y fue una locura! Esa idea abstracta se volvió muy real en la figura del bebé, en la fragilidad de ese cuerpo pequeño que da vueltas por el escenario y no se sabe qué le va pasar.

**–Esa sensación de fragilidad también está en sus cuentos, ¿no?, aunque quizá se perciba más en sus obras, sobre el escenario.**

–Sí, trabajo con lo vulnerable, con lo emocionalmente complejo, con poner al otro en una posición en la que no va a estar cómodo. Porque esa vulnerabilidad que me interesa ver está en la vida. Mucho del teatro que se veía y me rodeaba tenía más que ver con la idea de mostrar la potencia, el virtuosismo, la fuerza. ¿Qué pasa si hacemos el teatro de los débiles, de los frágiles, de los que están a punto de caerse del escenario? Están ahí, porque tampoco se caen, todavía se pueden sostener. Pero es un teatro o una zona difícil del arte, que implica mucho para todos los que lo hacen porque requiere una manera radical de involucrarse.

El desafío en la narrativa, como en el teatro, es salir de la emboscada de las historias excepcionales. “Todas las vidas son potencialmente fascinantes para la ficción –subraya Arias–. No es que la vida de la actriz Carla Crespo, que mientras estaba de gira con la obra *Mi vida después* se enteró dónde estaban los restos sin manos de su padre desaparecido, es más interesante que la mujer que limpia en mi cuento.” La escritora y dramaturga estrenó otra obra documental, *Mucamas*, en el festival *Ciudades Paralelas*, una instalación en el hotel Ibis, donde en cada cuarto había un video, fotos y una carta que narraban una porción de la vida de las mucamas del hotel. La obra se montó en Berlín, Varsovia y Zurich, y próximamente será estrenada en Copenhague. “Me acuerdo de lo que me dijeron acá, en la primera reunión, cuando les conté de mi proyecto. ‘¿Qué es lo interesante de nuestras vidas?’, me preguntaron las mucamas del hotel Ibis sorprendidas”.

**–Están tan invisibilizadas por la sociedad que no creen que tengan algo para contar...**

–Claro, me decían: “Limpio todo el día, después me voy a casa, me ocupo de mis hijos y de mi marido. No tengo nada para contar”. Yo las entrevistaba a las cuatro de la tarde, cuando terminaban su trabajo, hechas mierda porque trabajan ocho horas sin parar: hacen seis cuartos por hora, diez minutos por cuarto; son una máquina de limpiar. En esas conversaciones me hablaban desde los preservativos que habían levantado hasta cómo es limpiar el baño de los otros. Ellas descubrían que tenían un montón de observaciones que hacer sobre su trabajo: cómo es limpiar, qué relación tiene una persona sobre un espacio donde no tiene una responsabilidad y no ve a quién lo limpia. La relación huésped-mucama se basa en ese desencuentro, en esa relación fantasmática. Hablar con ellas me proporcionaba un montón de revelaciones; debería haber hecho un libro de citas con frases que me dijeron.

**–¿Qué frases recuerda?**

–Una me dijo: “La gente se divide entre los que limpian la mierda que está pegada al inodoro y los que no”. Había frases geniales, observaciones muy agudas sobre los desechos del otro. Otra me comentaba: “Si yo juntara todo el semen que encontré en estos años y lo vendiera por Internet, no sabés la cantidad de plata que podría hacer” (risas). Otra me contó que se había enamorado de un huésped y le dejaba siempre una carta y un chocolate: “El chocolate se lo comía, la carta nunca me la contestaba”. Quiero hacer un libro sobre las historias de las mucamas en el mundo; un libro más documental, como si la sociedad se pudiera mirar sólo desde las personas que limpian.

**–¿Qué sucede cuando mira lo que otros no miran desde la narrativa? ¿Qué revelaciones se producen?**

–Me gusta indagar en lo “invisible” o en lo secreto desde otro lugar, desde esa zona más siniestra de la vida cotidiana. Lo que se revela es eso de la vida misma que es medio aterrador: cuál es el borde entre el otro y yo, qué tipo de relaciones se establecen. Creo que hay muchos relatos sobre lo conflictivo de las relaciones familiares, un ámbito lleno de incomodidades y bordes extraños. No soy de hacer planes cuando escribo, pero pienso mucho hasta dónde voy, hasta dónde se sugiere o se dice. Los relatos dejan espacio para lo no dicho, lo que nunca se termina de revelar. Trabajo en contra de mostrar demasiado; prefiero sacar más que completar, como si todo estuviera a punto de suceder. Pero la tragedia no sucede.

---

© 2000-2011 [www.pagina12.com.ar](http://www.pagina12.com.ar) | República Argentina | Todos los Derechos Reservados

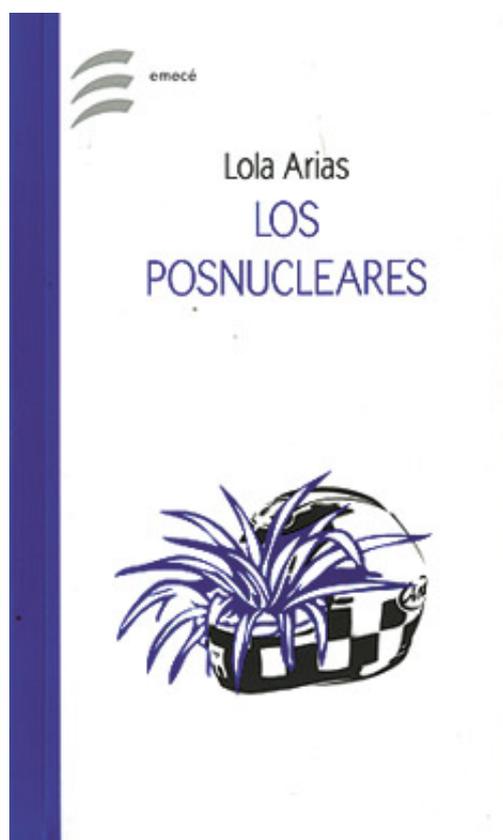
Sitio desarrollado con software libre [GNU/Linux](http://www.gnu.org/).

## El desamparo

**En diversos registros y en sucesivos relatos que pueden ir armando una novela, Lola Arias retrata la vida desamparada de una chica promedio en un mundo que anda bajo de promedio.**

Por Angel Berlanga

Hay una persistencia de chica desamparada en estos relatos de Lola Arias que pueden percibirse, también, como una novela despistadora y fragmentada en la que cambian los nombres de las protagonistas, los puntos de vista, la primera o la tercera persona, el retrato/ mirada a otro/ o a la introspección, la misma edad de ella, aquí niña y acá adolescente, allá mujer y acullá incluso recorriendo toda una vida. Ese ambiguo doblez es propuesto incluso por la misma edición, que alude al libro como novela en su clasificación formal y lo propone como serie de relatos en su contratapa. Los posnucleares se potencia y resignifica mucho más como un todo que paladeando sus partes por separado, pieza a pieza. Predomina, en aquella persistencia, una mujer de alrededor de treinta, clase media, que vive en su departamento y anda por esta ciudad, asolada de soledad aunque haya siempre algún tipo en la órbita o en la cama, minada por un malestar del devenir cotidiano, con un padre que aparece distante aunque esté cerca, algún perro, alguna hermana lejana y una madre a la que se recurre para el refugio y resulta difícil de aguantar.



Los posnucleares. Lola Arias Emecé  
232 páginas

Esa insatisfacción de llevarse puesta aparece desplegada varias veces en grillas, lapsos, recorridos de distinto tipo/ duración: los largos numerados de “La nadadora” que está a punto de cumplir treinta y mientras bracea deriva pensamientos entre cosas que ve en la piscina, asuntos pendientes, recuerdos; las anotaciones diarias de “Los días de fiebre”, cuando descubre que al descuajeringarse un poco el cuerpo “los amigos y amantes no son enfermeros por vocación”; el hora tras hora de una jornada en “El sereno”, un tipo de seguridad instalado en el hall de un edificio de departamentos que relojea entradas y salidas, intenta resolver un crucigrama y procura avanzarse a la “rea cuidacoches” de la cuadra. Aunque no esté reglado, el espacio temporal también es muy nítido en relatos como “Navidad” (esa jornada, tan rutinaria como otras en la vida de una chica que atiende una veterinaria), “El tratamiento” (visita de chica al depto de su amante, ya incómoda con la relación polvorienta) y “La casa de la playa” (una semana de vacaciones de padre con dos chicas, una de ellas de entrada en la adolescencia). El escenario urbano contemporáneo en que radican estos textos (con alguna escapada al campo o a la playa) se delira a lo onírico o a lo fantasioso, mundos deformes, en los tres penúltimos relatos (17 en total): en “H”, por ejemplo, hay una niña solitaria que empolla un huevo mientras duerme y lo adopta como mascota, en un ambiente montañoso y nevado afectado por alguna guerra que se llevó a unos hermanos que busca; y en “Ulises”, por citar a otro de éstos, disonantes en el registro que predomina, hay un héroe casi de cómic en tren aventurero, que recorre vertiginoso los tópicos del motociclista rudo en la estación de servicio, del espía que contacta a alguien para recibir una valija con plata, del aventurero que persigue al chorrito punk, del semental, del guerrero que cambia el destino de una civilización y del romántico que vuelve a sus pagos en un camión que huele a bosta para reencontrarse con su mujer, a la que encuentra en medio de un enjambre de zánganos gauchos.

El registro que predomina: una medianía de tono, cierta contención, como si se buscara no tocar, al narrar, las notas más conocidas de la emociones, sus lugares comunes. Un tono parejo para contar de los tres huevos en fila en la heladera, de las llaves que se acumulan en la mesa de luz como fetiches o del transcurrir de un domingo “con un cuchillo clavado en el estómago” tras una noche de sábado áspera. Late, en aquellas enumeraciones y en las miradas sobre objetos, sucesión de hechos del cotidiano e incluso sobre terceros (“Fantasmas”, los vecinos del edificio, “China”, la persona que va a limpiar), una tan sutil como desesperante soledad en la que el sexo, cuando aparece –suele aparecer–, no alcanza o decepciona. Se lee en “Días de fiebre”: “En el libro sobre Duchamp hay uno de los ready-mades que él le regala a su hermana que se llama Infelicidad: un libro de geometrías para colgar en el balcón la noche de bodas. Pienso que es una obra perfecta y lloro un poco, cubriendo de mocos y babas la funda de la almohada”.

---

© 2000-2011 [www.pagina12.com.ar](http://www.pagina12.com.ar) | República Argentina | Todos los Derechos Reservados

Sitio desarrollado con software libre [GNU/Linux](http://www.gnu.org/).